

CAPÍTULO I.

PROPAGACION DEL CRISTIANISMO ENTRE LOS PUEBLOS GERMANOS. — RELACIONES DE ESTOS CON LA IGLESIA CATÓLICA.

FUENTES. — *Graciano*, Hist. de la propag. del Cristian. en los Estados de Europa, nacidos de las ruinas del imperio romano. Tub. 1778, 2 vol. *Döllinger*, Man. de la hist. eccl. t. I, P. II, p. 138-244.

§ CXLVIII.

Los godos ¹.

El nacimiento de Jesucristo, que tan gran movimiento produjo en el mundo espiritual, no influyó menos en las relaciones del mundo político. Los pueblos del Norte y del Este se precipitaron en tropel delante de la luz que acababa de nacer, é inundaron precisamente los países en que, según los decretos divinos, se había consolidado desde luego la Iglesia de Jesucristo.

En el siglo II de la era cristiana salieron los godos de la Escandinavia, y se establecieron en las orillas del mar Negro. Fijáronse los ostrogodos entre el Don y el Dniester; y entre el Dniester y el Theiss los visigodos. Algunos prisioneros ² fueron entre ellos á mitad del siglo III los primeros predicadores del Evangelio; y en el concilio de Nicea (325) estuvieron ya representados por su obispo Teófilo ³. Conservaron la fe católica hasta los tiempos del emperador Valente; mas cuando molestados por los húnos (326) y divididos por otra parte bajo las banderas de Fridiger y Atanarico, pidieron los visigodos asilo á aquel Emperador, se convirtieron al Arrianismo, por no haberles sido concedido sino bajo esta condicion el derecho de establecerse en la ribera meridional del

¹ Cf. *Stolberg*, t. XII-XV á cada paso.

² *Sozom.* Hist. ecl. II, 6; *Philostorg.* Hist. ecl. II, 5.

³ *Socrat.* Hist. ecl. II, 41.

primer rio arriba mencionado. Debióse sobre todo esta conversion á la actividad de su obispo Ulfilas (entre 360-80), el inventor de los caracteres góticos y el traductor de la Biblia en lengua goda ¹.

Cuando Teodosio impuso en todo el imperio romano la obligacion de sujetarse á la fe de Nicea, los godos, por oponerse á los romanos, persistieron en el Arrianismo, que pasó de los visigodos á los ostrogodos, á los vándalos, á los borgoñones y á los suevos, pueblos que forzaron á los Católicos á abrazarlo donde quiera que se establecieron ².

Después de la muerte de Valente, sirvióse Graciano de los godos (379-80); y entonces Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, trabajó con mucha actividad para esparcir entre ellos mas y mas el Cristianismo. Formó en aquella ciudad misionistas godos, organizó una iglesia en la que se celebró el culto en la misma lengua que ellos hablaban, y tuvo en ella ocasion para pronunciar uno de esos discursos elocuentes, tan familiares á este grande orador, en el cual, al exponer la milagrosa conversion de esos pueblos bárbaros, demostró con este hecho la realizacion de la profecía de Isaías ³ y la virtud civilizadora del Evangelio ⁴. Sorprendió su conversion á san Atanasio, que exclamó con el mismo gozo: «¿Quién ha reconciliado por medio de una paz sólida á los que se aborrecian de muerte sino el Bien Amado del Padre, el Salvador de todos los hombres, Jesucristo, que lo sufrió todo por amor á nosotros y por la salvacion de nuestras almas? La profecía de Isaías (11, 4) se ha realizado, y ¡cosa increíble! esos pueblos cuyas costumbres son naturalmente bárbaras, y que en tanto que han sido idólatras se han arrojado unos contra otros y han estado siempre con las armas en la mano, han abandonado la guerra para entregarse á la agricultura desde que han admitido la doctrina de Jesucristo.»

¹ *Socrat.* Hist. ecl. III, 33.—*Sozom.* VI, 37.—*Theodor.* IV, 33.—Trad. de la Biblia de Ulfilas, por *Chr. Zahn*, 1805.—*Ulfilas*, V. y N. Testam. fragm. ed. de *Gabelentz* y *Lobe*, t. I. Altenb. 1836, t. II. Lips. 1842 (con un vocabulario comparado y una gramática de la lengua goda). *Hugo*, Introd. al Nuevo Testamento, P. I, p. 492.

² Cf. *Walch*, Hist. de las herejias, P. II, p. 353-69.

³ Isaías, LXV, 25.

⁴ Homil. VIII. Opp. *Chrysost.* t. XII, ed. Montfaucon.

Mucho mas sorprendido quedó aun san Jerónimo, cuando en su gruta de Belen recibió una carta en que los dos godos *Sunnia* y *Fretella*¹ le consultaban sobre las discordancias entre las traducciones latinas y las greco-alejandrinas. «¿Quién lo hubiera creído? dijo, «los godos bárbaros examinan los textos originales de la lengua «hebraica, mientras duermen los griegos y no se acuerdan de «ellos.»

§. CXLIX.

El Cristianismo entre los visigodos.—Reinos de estos en la Gália y en España.

La misma Roma fue tomada por los visigodos arrianos á las órdenes de Alarico (410). Jamás hubo ciudad que cayese mas vergonzosamente en las manos de sus enemigos; pero tampoco hubo jamás ciudad conquistada que tuviese que sufrir menos de sus vencedores. Esta dulzura y esta humanidad revelaban sin duda la naturaleza y las costumbres del pueblo germano, pero eran al mismo tiempo pruebas de la poderosa accion del Cristianismo. Dejó Alarico á Roma sin que sea fácil indicar los motivos que á ello le indujeron; y á poco, considerándose demasiado débiles para sostenerse en Italia, se retiraron los godos acaudillados por Ataulfo (412) hácia las Galias, donde fundaron bajo el rey Vallia entre el Loira y el Garona un reino que tuvo por capital Tolosa, y no tardó en extenderse á una gran parte de la España. Fue este reino, entre los fundados en Europa por los germanos, el primero que presentó poco á poco un carácter cristiano, aunque muy desfigurado aun por algunos rasgos de barbarie. Entre los primeros conquistadores de España, vándalos, alanos y suevos, fueron estos últimos desde luego católicos; mas se hicieron arrianos cuando su rey Remismundo se casó con la hija del visigodo Teodorico (464). Devastaron las ciudades del mismo modo que las iglesias, pasaron á degüello á los sacerdotes y á los obispos católicos, muchos de los cuales, como Pancracia-

¹ *Hieronym.* ep. 106: Quis hoc crederet ut barbara Getarum lingua hebraicam quaereret veritatem, et dormitantibus, immò contententibus Graecis, ipsa Germania Spiritus Sancti eloquia scrutaretur? (Opp. t. I, p. 641).

no de Braga y Patanio, llenaron de gloria la Iglesia española con su valor heroico. No fue luego menos deplorable la suerte de la Iglesia católica bajo el rey visigodo Eurico († 476). Segun refiere Sidonio Apolinario, obispo de Clermont, «desterró Eurico un gran número de obispos, y prohibió nuevas elecciones. Quedaron así muchas iglesias, tanto en España como en las Galias, huérfanas de pastores, y se hundieron entre sus propias ruinas; creció la yerba «al rededor de los santuarios, y hasta en los altares habitaron las «fieras entre los escombros de los templos destruidos¹.» Alarico, su hijo (506), aunque arriano, obró con mayor moderacion; pero renovó con furor la persecucion de los Católicos Leovigildo, y llegó hasta hacer morir en Tarragona á su propio hijo *Hermenegildo* por haber abrazado el Catolicismo y negádose resueltamente á abjurarle (585). *Recaredo*, su sucesor (despues del 587), fue adicto á la Iglesia católica, á cuyo favor se declaró públicamente en un concilio compuesto de obispos católicos y arrianos (587); y un concilio de Toledo (589) lanzó entonces repetidos anatemas contra el arrianismo de los godos. No tardó en volver á florecer la Iglesia católica regida por obispos hispano-visigodos, tan perfectos como san Isidoro, arzobispo de Sevilla († 636), é *Ildefonso*, arzobispo de Toledo.

¹ *Sidon.* ep. 6 ad Bas. *Sirmondi*, opp. t. I. Max. Bibl. PP. t. VI. *Galland.* Bibl. t. X; *Gregor. Turon.* Hist. Francor. II, ed. de *Ruinart*, p. 77.

§ CL.

Persecucion de los Católicos en Africa por los vándalos.

FUENTES.— *Victor*, episc. Vitenensis, que escribió como testigo ocular (487), lib. V, Hist. persecutionis Africanae sub Genserico et Hunerico, Vandalor. regib. ed. *Chiffletius*, S. J. Divione, 1664, en 4.º (Hist. persecutionis Vandal. *Ruinarii*. Par. 1694, en 8.º; Venet. 1732, en 4.º Max. Bibl. PP. t. VIII, p. 676 sq.). *S. Fulgentii*, episc. Ruspensis, vita (por su discípulo Fernando) Max. Bibl. PP. t. IX; *Procopius* Caesariensis, historiar. lib. VIII, ed. gr. et lat. et ed. *Claud Maltreti*. Paris, 1662 sq.; Ven. 1729, et in Corp. Scriptor. Bonnae. *Papencordt*, Hist. de la domin. vandálica en África. Berlin, 1838. Cf. *Neander*, Memorabilia, t. III, P. I, p. 3.

Los vándalos, oprimidos en España y llamados por el romano Bonifacio, se embarcaron para el África á las órdenes de Genserico (429). Su natural grosero y su fanatismo arriano hicieron llegar al colmo los males de la Iglesia africana, que desde entonces no pudo ya levantarse de su abatimiento. Fueron tales las desgracias que hicieron pesar sobre ella, que Salviano, obispo de Marsella, se creyó obligado á tomar la defensa de la Providencia divina contra las dudas que se alzaban en muchos corazones. Despues de haber sujetado todo el Norte del África romana, se puso Genserico á oprimir y á perseguir á los Católicos; y fue para estos harta fortuna el advenimiento de su hijo Hunerico (477-84), que por haber contraído matrimonio con Eudoxia, hija de Valentiniano III, y por las buenas disposiciones del emperador Zenon se les presentó mas favorablemente que su padre. Cartago, privada de pastor durante veinte y cuatro años, vió entonces ocupada su silla episcopal por el firme y piadoso Eugenio (479); mas no por mucho tiempo, porque por los ataques del arriano Cirilo fue cruelmente maltratado, no menos que cinco mil católicos.

Manteníanse estos, sin embargo, en todas partes fieles á la doctrina que profesaban. Los de Sicca y Lara, encerrados en estrecho espacio y martirizados en todos sus miembros, entonaban aun himnos á la gloria de Jesucristo; y los hubo en *Tipasa* que aun despues de cortada la lengua hablaban y alababan al Señor ¹.

¹ El mismo Gibbon, que no quiere ver en todas partes mas que cosas naturales, se ha visto obligado por la fuerza de las pruebas históricas á admitir y

La conferencia religiosa que tuvo lugar en Cartago (484) entre los obispos católicos y los arrianos aumentó todavía los sufrimientos de los fieles. Pudieron poco á poco los obispos desterrados volver á entrar en sus diócesis bajo Gontamundo (494); mas Trasamundo (496-523) atormentó de nuevo á los Católicos; les prohibió, aunque en vano, elegir prelados, y viendo que el número de estos no disminuía, desterró á Cerdeña hasta ciento y veinte, entre los que se encontraba *Fulgencio*, obispo de Ruspe, sábio é intrépido defensor de la Iglesia. No obtuvieron los Católicos la paz sino de manos de Hilderico, á quien por solo este hecho asesinó Gelimer su pariente; y aun entonces hubieran debido sufrir nuevos y mas duros males, segun la sangrienta persecucion que les amenazaba, á no haber sido socorridos oportunamente por Justiniano, que por medio de Belisario destruyó en África el imperio de los vándalos y restableció la dominacion romana (533); pero no pudo ya desde entonces volver á florecer mas en aquella parte dilatada del mundo la Iglesia germano-cristiana. Desaparecieron desde el 670 los últimos vestigios del Cristianismo ante las siempre crecientes invasiones de las doctrinas del Islamismo.

§ CLI.

Relaciones de los borgoñones con la Iglesia católica.

FUENTES.— (*Plancher*) Hist. de Borgoña. Dijon, 1739. Collatio episc. praesertim *Aviti Vienn.* episc. coram rege Gundebaldo. (*D'Achery*. Spicilegium, t. III, p. 304).

Los borgoñones habian abandonado desde el año 407 los establecimientos que tenian en las orillas del Vistula, y fundado en las Galias á lo largo del Ródano y el Saona un reino, cuya capital fue continuar este hecho en su historia. *Victor*, Viten. V, 6; *Procopius*, de Bello Vand. I, 8 (opp. ed. Bonn, I, 345); *Evagr.* IV, 4. El testimonio del platónico *Eneas Gaza* sobre la ruina de la dominacion vandálica está citado por *Theophrasto* en *Galland*. t. X, p. 636. *Justiniano* dice tambien en la ley I, tit. 27 del Código: «Vidimus venerabiles viros qui abscissis radicibus linguis poenas suas mirabiliter loquebantur.» Cf. *Tillemont*, t. XVI, et *Schræckh*, Histor. eccl. P. XVIII, p. 101.

la ciudad de Lyon. Créese por oscuros indicios que volvieron en el 413 al seno de la Iglesia católica; pero accidentalmente, porque ¹ durante el reinado de Gondebaldo abrazaron el Arrianismo. Según pruebas suministradas por el obispo Avito de Viena abrigó Gondebaldo en secreto el proyecto de abrazar de nuevo la Religión católica; pero fue detenido por el temor que le inspiraba el arriano Teodorico. No se cumplieron sus secretos deseos hasta que su hijo Segismundo, mas resuelto, y recibiendo la influencia de los francos, volvió despues del 517 al Catolicismo con muchos borgoñones, de entre los cuales desapareció enteramente la doctrina arriana cuando en 534 quedaron sujetos á la dominacion franca bajo el monarca Godomaro.

§ CLII.

Estragos de los hunos en Alemania, en las Galias y en Italia.

Los pueblos de que acabamos de hablar fueron en su mayor parte molestados é impelidos por los movimientos de los hunos. Atila, su jefe, del que hablan aun la devastacion y las ruínas, atravesó la Germania á la cabeza de una muchedumbre de pueblos uncidos á su yugo, y atacó en las Galias el reino unido de los visigodos y los francos (444). Las ciudades del Rhin, Colonia, Maguncia, Worms, Espira, Estrasburgo, y las ciudades vecinas Tréveris, Metz, etc., quedaron casi enteramente destruidas, no menos que sus iglesias. Despues de la indecisa batalla de Chalonís (451) dirigióse Atila contra Italia para anonadar ese país devastado ya; pero alejado de Roma por la aparicion de san Leon el Grande ², «gloriosa victoria del espíritu sobre la fuerza «material,» no tardó en exhalar su último suspiro. Dispersóse entonces su innumerable y terrible ejército; viéndose ya sin jefe, lo saqueó todo, lo devastó, lo pasó todo á fuego y sangre. Dios solo podia salvar la cristiandad de tan tremendo azote; y parecia, á la verdad, en esta época que se derramaba la gracia sobre la

¹ Oros. Hist. adv. pagan. VII, 32, 38; Socrat. Hist. eccl. VII, 30; III, 30. Cf. Pagi, Crit. ad ann. 413, n. 13, et Prosper. in Chron. ad ann. 435.

² Véase el § 130.

Iglesia con mas abundancia aun que los pecados ¹ y los crímenes que assolaban y devastaban el mundo. Aparecieron á la sazón en la Iglesia lumbreras y columnas de verdad, tales como san Leon el Grande, san Lupo de Troyes, san German de Auxerre ², san Severino ³, cuyo nombre y origen son del todo desconocidos, y su émulo san Hilarió de Arles, varones todos que ejercian una grande autoridad sobre Atila y otros muchos caudillos de hordas bárbaras.

§ CLIII.

Los ostrogodos y los lombardos en Italia.

La maravillosa aparicion de san Severino hizo humillar la cabeza á Odoacro el Hérulo ⁴, conquistador de la Italia y destructor del imperio de Occidente (476). Aunque arriano Odoacro, aseguró durante los once años de su reinado á la Iglesia católica cierta paz que no terminó hasta que los ostrogodos, que habian salido de la Pannonia á las órdenes de Teodorico (488), hubieron conquistado la Italia, la Sicilia, la Recia, la Noricia, la Vindelicia y la Dalmacia, y hubieron fundado con estos pueblos su dilatado imperio. Declaráronse arrianos Teodorico y su reino; pero merced á los prudentes consejos de su sábio canceller Casiodoro, fue á menudo imparcial para la Iglesia, y manifestó mucha deferencia con ella. No se ensañó contra los Católicos hasta el fin de su reinado de treinta y seis años, en que, habiendo concebido sospechas contra ellos, é irritado por una ley contra los Arrianos dada por Justino, emperador de Oriente, dejó morir en la cárcel al papa san Juan (526), y condenó á muerte á los consulares Símaco y Boecio acusados falsamente. Fue duro y largo el cautiverio de estos dos varones; mas Boecio procuró templarlo con los consuelos que ofrecen la ciencia y la Religion, y escribió su bello tratado de *Consolatione philosophiae*.

¹ Rom. v, 20.

² Cf. Stolberg-Kerz, t. XVII, p. 421.

³ Eugippii Vita S. Severini. (Bolland. Acta Sanctorum, mens. jan. t. I, p. 483.)

⁴ Stolberg-Kerz, t. XVII, p. 474. Eugippii Vita, c. 7.

Cesó en gran parte esa opresion de los Católicos bajo los sucesores de Teodorico, muerto en 526, cuyo imperio destruyó, llegando á borrar hasta su glorioso nombre, Narsés, general de los ejércitos de Justiniano.

Aparecieron á su vez en Italia los lombardos, á quienes capitaneaba Alboino (568). Resuelto parecia por los decretos de la Providencia que ninguna provincia romana habia de subsistir en Occidente. El Arrianismo de los lombardos y la anárquica dominacion de los treinta y seis duques que sucedieron á Alboino (574-84) explican las crueldades de que fueron víctimas en esta época los Católicos italianos. El imperio griego tuvo entonces sus límites occidentales en las ciudades marítimas de la Liguria, en la punta inferior de la Italia, en los ducados de Roma y de Nápoles, y en el exarcado de Ravena, residencia del exarca griego. En estos tiempos de crueles sufrimientos para la Iglesia levantó el Señor á

San Gregorio el Grande ¹ (590-606),

para consolar á la Italia y probar á la Iglesia católica que estaba aun gobernada por el Omnipotente. La distinguida cuna de Gregorio, que pertenecía á una familia senatorial, su bello carácter y sus variados conocimientos, le elevaron con rapidez al eminente cargo de gobernador de Roma. No contento con estos honores, y ambicionando un modo de vivir mas puro y mas sublime, convirtió á la muerte de sus padres el palacio que habia heredado en un convento, del que le sacó á pesar suyo el papa Pelagio II para enviarle con el carácter de apocrisario á Constantinopla. La severidad que ejercia consigo mismo y con sus subordinados en todo lo que concernia á los intereses de la Iglesia hizo que fuese elegido para el pontificado á la muerte de Pelagio (590). Fue Gregorio entonces verdaderamente grande. Á él debe la Iglesia católica de Occidente la pompa misteriosa de su culto y su canto grave y solemne; á él debe la Inglaterra las misiones que dieron origen á su Iglesia, misiones cuya santa idea fue inspirada al Pontífice por la vista de un esclavo de

¹ Véase su biografía por *Joannes*, *Ecll. Rom. diacon. et Pablo Warnesrid*, en *Gregor. M. Opp. ed. Bened. Par. 1705*, 4 t. en fól. (en el t. IV.) locupl. *Galliccioli. Ven. 1768 sq.*—*Stolberg-Kerz*, t. XX, p. 346.

aquel reino. Fue el primer escritor de su época; fue tambien el reformador del Clero. Vió que la corrupcion general habia invadido las costumbres de los eclesiásticos; y habiendo concebido la idea del verdadero sacerdote, como lo prueba su *Regla pastoral*, y poseyendo al mismo tiempo la fuerza y la abnegacion necesarias para realizarla, supo descubrir entre los individuos de su clero á los que conservaban aun la inteligencia y las virtudes que han de caracterizarlo. Los envió á las diversas comarcas de Italia para que satisficiesen las necesidades generales y borrarasen con el poder de la palabra divina las huellas del Paganismo que empezaba á levantar por uno y otro lado la cabeza. Extendió luego su vigilancia y su celo en defender los derechos del sacerdocio á toda la Iglesia; combatió con éxito gran número de abusos; hizo sentir su pastoral solicitud hasta á las comarcas mas apartadas, en las que abrió casas de huérfanos y escuelas para los pobres, hasta entonces desconocidas. Un hombre tan activo, tan influyente ¿no habia de merecer el sobrenombre de Grande que le dieron sus contemporáneos, y la posteridad ha confirmado? Sus esfuerzos para levantar todo lo que concernia al Cristianismo inspiraron respeto á los lombardos arrianos. Cuando Teodolinda, viuda del rey Autaris, é hija del duque de Baviera, casó con el rey Agilulfo, convirtióse este Príncipe con muchos lombardos, y preparó así la próxima conversion de todo aquel pueblo al Catolicismo.

§ CLIV.

Benito de Nursia. Monacato occidental.

FUENTES. — *Mabillonii* Annales ord. S. Bened. (usq. 1157. Par. 1703-39). Luc. 1739-43, 6 t. en fól. en el Praef. saec. I, p. 77. Observat. de monachis in Occid. ante Benedictum. *Dacherii* et *Mabillonii* Acta sanct ord. S. Bened. (usq. 1100) 1688-1701, 2 t. en fól. Vida de san Benito en *Grégor. M.* Dialogor. lib. II. Opp. ed *Bened.* t. II, p. 207-76. Cf. *Bolland.* Acta SS. m. martii, t. III, p. 247. Regla de Benito en *Holstenii* Cod. regul. monast. t. I, página 111-133.

En la época en que la Italia y la Iglesia estaban amenazadas de una devastacion completa por las continuas invasiones de las hordas bárbaras, creó la Iglesia, en virtud de la fuerza divina que siempre la anima, la Orden de los Benedictinos, que no solo libró entonces á la Iglesia católica de una disolucion inminente, sino que tambien aseguró su duracion, y fue el motor y el conservador de la cultura espiritual de los siglos posteriores. Los primeros monjes que vió y admiró el Occidente habian sido Ammonio e Isidoro, compañeros de san Atanasio en el tiempo en que este grande Obispo vino á reclamar la proteccion del papa Julio. Desterrado á las Galias, tuvo ocasion ese heróico defensor de la divinidad de Jesucristo de inspirar en ellas un respetó santo y un religioso ardor para la vida monacal, cuyo interés mantuvo y aumentó despues con la vida de san Antonio. Tuvo luego este género de vida sábios y celosos propagadores: Ambrosio y Jerónimo lo consolidaron en Italia; Agustin lo elogió en África; Martin, obispo de Tours¹, lo introdujo en el Norte de la Francia, y Casiano en el Mediodía.

Sobre el año 400, dos mil monjes pudieron ya acompañar los restos de san Martin. Obligó, empero, el rigor del clima á templar la austeridad de las reglas del Oriente, resultando de esto cierta arbitrariedad, que en medio de los trastornos de la invasion hubiera tal vez llevado el monacato á una completa ruina, á no haber deparado la Providencia un hombre que dió á los claustros una vida sólida y

¹ *Sulpicii Severi* de Vita B. Martini lib. dialogi tres; epp. tres. *Gregor. Turon.* de Miracul. S. Martini.

verdadera, y salvó una institucion destinada á prestar mas tarde tan eminentes servicios á la Iglesia. Desde los primeros años de su juventud el amor á la soledad y el disgusto por las cosas terrenales habian llevado á Benito de Nursia, nacido en 480 y muerto en 543, á los desiertos de Subiaco. Objeto de la piadosa veneracion de los pastores de la comarca, fue pronto Benito conocido, glorificado en toda la provincia, y elegido abad de un convento; mas viendo que sus monjes manifestaban repugnancia á entrar en la vida mas espiritual que queria introducir entre ellos, fundó en Monte Casino un nuevo monasterio (529), en que reunió á los que participaban de sus sentimientos. Su actividad fue el modelo de la que desplegó mas tarde su Orden. Su regla, fundada en un gran conocimiento de la naturaleza humana, es una mezcla de prevision y de sencillez, de severidad y de dulzura. El abad debe instruir con el ejemplo y dirigir á cada monje segun su carácter y sus disposiciones naturales; los monjes deben respetar en su superior el representante de Jesucristo y obedecerle ciegamente. El novicio está sujeto á un año de prueba durante el cual se le debe recordar lo sério de su vocacion y lo estrecho de la regla. Sabiendo además Benito apreciar prudentemente los peligros de la vida del claustro, además de las preces canónicas prescritas en aquellas palabras del salmo cxviii: «Siete veces por día he cantado vuestras alabanzas,» dió á sus monjes ocupaciones continuas, pero variadas, tales como trabajos manuales, instrucciones para la juventud, lecturas, copias de manuscritos y de libros. Setenta y dos palabras sacadas de las santas Escrituras contenian la norma de toda la vida religiosa de los monjes.

La sabiduría de la regla y la tendencia de los espíritus de aquella época en poco tiempo condujeron á Benito una juventud innumerable. Plácido y Mauro son los que mas se distinguieron entre sus discípulos; trabajaron con actividad en esparcir su Orden por la Sicilia y por las Galias; y el papa san Gregorio el Grande, deseoso de favorecer con todo su poder esta Orden que le colmaba de gozo, le concedió el palacio de sus padres para que estableciera en él un monasterio.